

Opinión

LA TRIBUNA

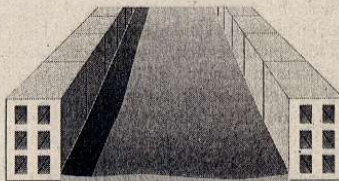
Lo que el Guadalmedina es

Juan Antonio Gómez

Economista y miembro de la Sociedad Española de Ornitología

UNA de las cosas que más me llama la atención del viejo cauce del Guadalmedina es su persistencia. Su empeño en seguir vivo y su empecinada vocación de río, de ser un río vivo. Basta con esperar unos días después de las riadas programadas a la que lo tenemos sometido y observar el cauce a su paso por la ciudad. En los canales de cemento aparecen las primeras plantas hidrófitas traídas de río arriba. Una señal de la oleada que ha viajado en las aguas para iniciar la colonización de un lugar que siempre ha sido suyo. Más lejos, donde el cemento no es todavía protagonista, empiezan a aparecer una enorme cantidad de plantas, otra vanguardia que se apodera del río convirtiendo la cicatriz de la ciudad en un suelo productivo: larvas, insectos, a veces ranas y siempre las aves vienen a añadirse a ese paisaje vegetal escaso y muchas veces sólo temporal, pero eso sí, una señal inequívoca de lo que el río es, y mucho más amplia de lo que el río podría llegar a ser, tan sólo con que le dejásemos serlo.

Los ríos son las arterias por las que circula la vida en el territorio. Mucho más en éste, el Mediterráneo, que es seco por definición y vocación. Incluso si los adocenamos, los alicatamos (perdón, "encauzamos"), los contaminamos o los enterramos, siguen conservando esa capacidad de dar vida, transportar los recursos, las especies y la información necesaria para construir ecosistemas allí donde el río llega y hacerlo de forma flexible y adaptada a las condiciones que encuentre en cada lugar. Cosa que hacen, por cierto, sin dividir ni dejar cicatrices, sino convirtiéndose en parte del paisaje: de hecho son uno de los agentes más dinámicos y transformadores de cuantos participan en la continua construcción de éste. Basta una somera comparación con otros "sistemas de comunicación y transporte" para entrever claramente las diferencias entre cicatriz y río. Estos sistemas naturales de comunicación y transporte son elementos que juegan un papel esencial en la conservación y dispersión de la biodiversidad,



del seguro de salud elemental de la vida en este planeta. Los ríos son diversos no sólo por aquellas especies directamente relacionadas con ellos y a las que albergan, sino también por cuanto representan un elemento que comunica, conecta y permite interactuar a elementos de la matriz natural muy dispares, desde su nacimiento y cuenca alta, hasta su desembocadura. El agua, que siempre cambia, la que nunca pasa dos veces, es la responsable de esta especie de cadena de movimiento y trasiego de información sin fin. No se me ocurre mejor maquinaria de restauración medioambiental. Y tampoco sería capaz de citar un mundo más necesitado de esas máquinas que éste que nos ha tocado vivir.

Esto es lo que veo cuando miro al Guadalmedina: potencia, la inimitable capacidad que estos elementos del paisaje tienen para dotarlo de vida y diversidad, para adaptarse y cambiar continuamente aprendiendo del medio, devolviendo información y recursos a este. No veo un cauce que rompe o divide la ciudad, sino un espacio de oportunidad que se pierde. Si el río es capaz por sí sólo de restaurar las dinámicas hidrológicas y biológicas que le son propias, ¿no sería posible apoyarnos en ellas para sacar del olvido ese inmenso patio trasero en que hemos convertido su paso por la ciudad? ¿No será esa capacidad también una herramienta para hacer ciudad? ¿Dónde está escrito que el paso de un río y su cauce natural por la ciudad es incompatible con el desarrollo? Entiendo que es más bien al contrario. Quizás para enseñar lo que hemos venido aprendiendo a lo largo de

nuestros errores y aciertos como ciudad deberíamos planteárnos que la solución de enterrar el río para simularlo sobre una avenida asfaltada es una idea que pertenece a un tiempo en el que creíamos que la técnica lo podía todo, incluso encofrar la biosfera para crear un mundo de orografía homogénea y simple sobre el que poder vivir sin quebraderos de cabeza. Ya sabemos que no es así, de ahora en adelante dependemos de nuestra capacidad para establecer diálogos con el entorno, entender la complejidad de la vida, que bulle por todos lados y forma parte de los elementos imprescindibles sobre los que se asienta no sólo nuestra calidad de vida, sino también nuestra pervivencia. Seguramente haya quien piense que es imposible establecer un diálogo con el río, pero imaginen por un momento el cauce del Guadalmedina atravesando la ciudad no sobre una losa de cemento, sino en un sinuoso recorrido jalado por un bosque de ribera, en su margen, las llanuras de inundación ocasional forman espacios libres que se integran y comunican sin barreras con los barrios adyacentes, por medio de veredas, carriles bici y senderos peatonales. Una ciudad más diversa, más viva, más dinámica, más comunicada, más dialogante con el río. Una ciudad que ha sabido de su río un referente, porque ese cauce siempre ha sido una parte más de la ciudad, un elemento para entender su nacimiento, configuración actual y de lo que hagamos con él, cuál es su apuesta de cara al futuro.

Quizás debiéramos empezar a usar las herramientas de la inacción como parte de la baraja de propuestas que tenemos la ocasión de usar. Desmaterializar barreras que hemos ido construyendo en torno a nuestras ciudades y el entorno en el que estas se asientan, lo que no deja de ser una forma de hacer ciudad, y no en el objetivo de ponerles la etiqueta de sostenibles, sino con la intención de hacerlas más lógicas, de convertirlos en espacios más vivos y mejor adaptados a su entorno. A veces no es tan importante construir infraestructuras o estructuras que se implantan como elementos extraños a su contexto, sino comprender los procesos que se dan en el territorio y hacer uso de la potencia que encierran los mismos para construir nuevas realidades, diálogos distintos entre la ciudad, su entorno y la gente, que necesita de ambos.

HACE poco me puse a hojear la novela *Las benévolas*, de Jonathan Littell. Al cabo de leer unas cuantas páginas, me di cuenta de que todo lo que leía me sonaba de algo. ¿De qué? No me costó mucho averiguarlo: de las novelas de la II Guerra Mundial de Sven Hassel que se vendían en los quioscos (editadas por la editorial Reno) y que mis amigos y yo leíamos en el colegio cuando teníamos doce años. La vieja nomenclatura bélica que salía a relucir en nuestras conversaciones es la misma que llena las páginas de *Las benévolas*: Waffens, Panzerkorps, "standartenkommander" y todas esas pamplinas nazis que suelen fascinar a los adolescentes (y a Littell, me temo).

Yo creía que Sven Hassel había muerto hace mucho tiempo, pero acabo de descubrir —vía Wikipedia— que Sven Hassel, nacido en 1917 en Dinamarca, todavía está vivo. Y no sólo eso, sino que vive en Barcelona desde 1964. Pero lo mejor de todo es que Hassel aseguraba que sus novelas eran en gran parte autobiográficas, ya que decía haberse incorporado como voluntario al ejército alemán en 1937, y después de un intento de desertión, había sido enviado a un batallón de castigo, con el que había luchado en el frente ruso hasta el final de la guerra.

Hasta aquí todo es bastante normal. Sólo que un periodista danés



El caso Hassel

ruso (ni en ningún otro frente bélico), sino que fue un policía colaboracionista en la Dinamarca ocupada por los nazis. Al parecer, todos sus conocimientos sobre la guerra los obtuvo de los veteranos daneses de las SS con los que coincidió en la cárcel, mientras esperaba ser juzgado por un delito de alta traición.

Según el periodista, Sven Hassel se libró de una condena porque era un buen fabulador y consiguió engañar a sus jueces. Pero un buen fabulador no consigue evitar las pruebas concluyentes, si esas pruebas existen. Puede ser que Hassel tuviera suerte y esas pruebas —un testigo esencial, un documento comprometedo— se perdieran durante la guerra. En la vida ocurren estas cosas. Alguien puede pasar por ser un héroe porque no ha sobrevivido ninguno de los testigos de su comportamiento vergonzoso. Y al revés, alguien que se comporta durante toda su vida con dignidad puede acabar convertido en un cobarde sólo porque alguien vio un único momento de pánico (como le pasó al *Lord Jim* de Joseph Conrad).

No sé cuál fue la verdadera vida de Sven Hassel, si fue un colaboracionista y un traidor, y por tanto un impostor, o si fue de verdad un soldado. Pero me da la impresión de que la verdad es demasiado compleja para resumirla en una de estas dos opciones. O sea que imagino que Sven Hassel fue un colaboracionista y un traidor, pero también un sol-

PALABRA EN EL TIEMPO

Alejandro V. García

avgarcia@grupojoly.com



¡Viva España!

RESULTA estremecedor pensar que detrás de la letra del *Himno de España*, dada a conocer ayer con una expectación propia de una novelón de Ken Follet, se encuentren, como parte del jurado, entre otros, un catedrático de Historia Contemporánea (Juan Pablo Fusi); una de Literatura Española (Aurora Egido), y el compositor y académico Tomás Marco. O el himno no está a la altura de la excelencia de los padrinos, o los padrinos del himno, pero algo de eso hay. Una discordancia entre el interés, el jurado y el letrista (un tal Paulino). Tomemos un par de estrofas al azar —por ejemplo, "¡Viva España! / Desde los verdes valles al inmenso mar, / un himno de hermandad" y "ama a la Patria / pues sabe abrazar, / bajo su cielo azul, / pueblos en libertad"— y tratemos de adivinar para qué verso era necesario el examen de un historiador, para verificar qué hemistiquio un compositor y, ay, para lustrar qué ripio una experta en literatura y métrica.

En efecto, la letra del himno está muy por encima de los méritos, la capacidad y el currículo de los miembros del jurado. O por debajo. Que esté por encima o por debajo es una cuestión opinable, aunque yo creo que la letra excede la aptitud de los jurados. En efecto, a veces, la capacidad inte-

Para qué verso del himno era necesario el padrinazgo de un historiador, un compositor y una experta en métrica

lectual es una rémora que impide la deseada compenetración y equilibrio entre los examinadores, el examinando y el objeto examinado.

Un himno, para ser un buen himno, como quizá lo será el de España, debe estar adornado de todas las virtudes inherentes a semejantes cánticos: posposididad, trivialidad del mensaje, vulgaridad lingüística, ramplonería sentimental, rimas pedestres, etcétera. Sólo con estos perrejes se puede crear una letra susceptible de ser interpretada con auténtica pasión lacrimosa en circunstancias tan irreflexivas como los segundos previos al lanzamiento de un penalti o después de saltar la pértiga.

Cualquier circunloquio, rima forzada o culteranismo supone una disminución de la capacidad emotiva y ciega del himno. En los albores de la democracia, el filósofo Agustín García Calvo intentó componer un himno a Madrid con materiales, digamos, refinados, y claro, salió un petardo imposible de corear: "A costa de esto, / yo soy el Ente Autónomo último, / el puro y sincero. / ¡Viva mi dueño, / que, sólo por ser algo, / soy madreño!". En cambio, basta hacer una prueba con el himno del señor Paulino para verificar que se trata de un petardo conmovedor y cantabile.

En fin, lo principal es que ya tenemos una letra para celebrar los goles y demás delirios patrióticos. ¿Para provecho político de quién? Este es un asunto que requiere